

título exigía de él. Habiendo caído enfermo en el camino, no pudo llegar á Constantinopla sino despues de sus compañeros, y aun ya despues que los habian sacado de la prision. Metieron en ella á Felix y le trataron mucho peor que á ellos; pero él se mantuvo inflexible, y se mostró constantemente digno de la iglesia que representaba. Mas glorioso en las cadenas que sus compañeros en la córte, tuvo el consuelo de verse vivamente aplaudido por el pueblo ortodoxo de la ciudad imperial, que hizo una protesta en forma contra la conducta de los otros dos, y halló medio en una reunion pública de fijarles una copia en sus vestidos.

Cirilo, abad de los acemetas, y otros abades de Constantinopla, escribieron llenos de celo al Soberano Pontífice; y Cirilo mandó marchar á Roma á uno de sus religiosos llamado Simeon, para que estos avisos llegasen con mas seguridad y produjesen mayor efecto. Este abad con diversos rasgos de prudencia y de celo habia merecido de tal modo la confianza del Papa Felix, que habia prescrito á los legados que no hiciesen nada sin verle antes y concertar con él todas sus determinaciones. Simeon arribó con felicidad á Roma, y á tiempo oportuno de informar al Papa acerca de todo lo ocurrido, y aun antes de la vuelta de los dos legados que regresaron poco despues, y se presentaron llenos de confianza con las cartas del emperador y del patriarca de Constantinopla. Todo estaba paliado en ellas, y todo se presentaba bajo un aspecto favorable. Hablábale en ellas honrosamente del Concilio de Calcedonia, afirmando haber suscrito á él Pedro Mongo, y se prodigaban encomios á este intruso, al paso que se acusaba gravemente á Juan Talaya. El Papa tuvo un Concilio: examinóse maduramente la causa de los legados, se leyeron las cartas de los católicos de Constantinopla, se oyó á los

mismos legados y se les puso en comparando con el monge Simeon que los confundió con facilidad, y al punto Vital y Miseno fueron excomulgados y depuestos del episcopado.

El Concilio confirmó las sentencias falladas por la Santa Sede contra Pedro Mongo, calificado ya de herege, y respecto de Acacio se contentaron con criticar su proceder poco conforme á sí mismo, pues habiendo acusado de heregía á Pedro en sus cartas al Papa Simplicio, lejos de hacerle conocer por tal á Zenon, habia mostrado, por una doblez y una contemplacion infames é indignas de un obispo, que el favor de la córte le era mas apreciable que la fé. No obstante, intentó ganarle el Papa, y le representó paternalmente que habia pecado, pero que siempre habia tiempo para obtener el perdon de su culpa con un arrepentimiento sincero, no volviendo mas á ella y esforzándose á repararla.

No dejó la comunión del herege el pertinaz patriarca, que en su interior no pensaba mejor que Pedro Mongo, y ni aun le aconsejó claramente que recibiese el Concilio de Calcedonia. El Papa, bien informado de todo su proceder y vista la importancia del asunto, reunió en Concilio á los prelados de Italia, y pronunció sentencia de condenacion contra Acacio. Esta contiene todos los cargos de que se le acusaba, sus usurpaciones de la jurisdiccion de sus colegas, su comunicacion con los hereges condenados por la Santa Sede, y en otro tiempo por él mismo, el haberlos promovido al sacerdocio y al episcopado, el mal tratamiento que dió á los legados y mucho mas el haberlos sobornado. «Por último, añade, no habeis querido responder ante la Sede apostólica á donde se os citó segun los cánones por el obispo Juan; sea pues vuestra suerte con la de los malvados, cuyos intereses habeis preferido; y sabed, que por la presente

sentencia quedais privado así del honor del sacerdocio como de la comunión católica.» Suscribieron sesenta y siete obispos con el Papa que firma: *Celio Felix, obispo de la Iglesia Católica de Roma.*

Despues de esto se trató de notificar esta sentencia en Constantinopla: comision muy delicada en aquellas criticas circunstancias. Tuto, antiguo clérigo de la Iglesia romana, fué elegido defensor á este fin. Púsose en camino con buena voluntad, y tuvo maña para ocultarse á los guardias que le esperaban á la entrada del Bósforo; pero no pudo entregar la carta del Papa al patriarca. Algunos monges acemetas, por consejo del defensor, tuvieron valor para fijarla en el manto de Acacio, al tiempo que entraba en la iglesia (1). Estos fueron sorprendidos y echados en prisiones, y los maltrataron con tanta crueldad que algunos perecieron. El débil defensor hizo ver entonces que es mas difícil de sobrepujar el peligro que de arrostrarle; entró en composicion, se dejó corromper y comunicó con aquel á quien venia á escluir de la comunión.

Al recibir el Papa cartas de algunos abades celosos en que le contaban el suceso, le causó este un nuevo y grande dolor; una confusion estrema y una triste perplejidad. Por el mismo Tuto habia enviado al pueblo y al clero de Constantinopla la severa condenacion de los legados Miseno y Vital; y para borrar este postrer escándalo le fué preciso usar aun con mas presteza del mismo rigor contra Tuto. Así que tornó á Roma, se le convenció en pleno Concilio por las cartas escritas contra él. Él mismo confesó su prevaricacion, y se le privó con ignominia del cargo de defensor antes del tiempo en que debia cesar, porque era de tiempo determinado, separándole además

de la comunión. El Papa procuró informar de ello á los mas religiosos cenobitas de Constantinopla, encargándoles que publicasen esta reparacion del escándalo de Tuto, y que advirtiesen á los fieles que todos cuantos quisiesen ser tenidos por católicos se retirasen de la comunión de Acacio.

El patriarca, bien asegurado de la proteccion del emperador, y satisfecho con el favor de las potestades del siglo, despreció todos los decretos de la Cabeza de la Iglesia, y se dió desde aquel entonces á los mas grandes escesos (1). Para colmo de su atrevimiento é impiedad borró el nombre del Papa de los sagrados dípticos, y por todo el Oriente hizo espulsar de sus Sillas á una multitud de obispos ortodoxos, sustituyó hereges en su lugar, y no dejó en paz sino á los que profesaban ó favorecian la heregía. Así que, los prelados católicos se vieron precisados á buscar asilo en el Occidente, donde la Iglesia era menos atormentada por los bárbaros arrianos é idólatras que en el Oriente por el sucesor de los Constantinos y de los Teodosios. Mandó Acacio tratar con un rigor particular á Calendion, patriarca de Antioquia que él mismo habia ordenado, y le confinó á los horribles desiertos del Oasis. Coloreó esta inconsecuencia con pretestos especiosos; mas la verdadera razon era que este digno prelado permanecia en la comunión del Papa y del patriarca legítimo de Alejandria Juan Talaya, y ocupando tan eminente Silla, su autoridad y su ejemplo eran del mayor peso para la buena causa. Tambien restableció á Pedro Fulon, á quien tantas veces habia condenado, no exigiendo otra cosa de este malvado sin honor que la suscripcion del *Henótico*.

Zenon, por su parte, para apoyar la seduccion afectó todas las esterioridades

(1) Nicephor. lib. 21, cap. 17.

(1) Gesta de num. Acac. in fine.

del celo por los progresos y pureza de la fé. Intercedió con Hunerico, rey de los vándalos, hijo y sucesor de Genserico, en favor de la iglesia de Cartago que estaba sin obispo habia veinticuatro años. En vista de las reiteradas súplicas del emperador, obtuvo licencia aquella iglesia para elegir un pastor, aunque con condiciones duras y gravosas, lo cual no impidió que el pueblo se alegrase sobremanera cuando vió ordenar á Eugenio. Habia una gran parte de ciudadanos que no habian visto obispo sentado en esta primera cátedra del Africa; mas todos juzgaron estar en el colmo de la felicidad cuando vieron los virtudes del nuevo prelado, su dulzura, su humilde afabilidad, su caridad tierna y activa, sus cuantiosas limosnas, una beneficencia que se estendia á todos y que era inagotable, aunque no reservaba nada para el día siguiente. Habianse apoderado los bárbaros de todos los fondos de la iglesia; mas el digno uso que el obispo hacia de las oblationes de los fieles, movia á una multitud de personas á llevarle diariamente sumas considerables, que siempre se le vió repartir antes de la noche, á no ser que se las entregasen muy tarde. Así mereció indistintamente el amor y respeto, no solo de los católicos, sino tambien de los mismos vándalos. Pero no obstante, esta fué la primer causa de una persecucion mas cruel que la del mismo Genserico.

Tantos honores tributados á la virtud de Eugenio escitaron una envidia furiosa en los obispos arrianos, especialmente en Cirilo, el mas poderoso de ellos. Exageraron al rey los peligros que corria su comunión, y se comenzó por impedir que ninguno entrase en la iglesia católica en traje de bárbaro; así se llamaban á sí mismos los vándalos, para manifestar su aversion y desprecio á la moliente romana. Hunerico hizo poner á la puerta de la iglesia un

dias, ó mas bien verdugos, que en viendo á un hombre ó á una muger con traje de vándalo, les echaban á la cabeza unas sierrecillas de madera con que les enredaban los cabellos, y tirando despues con fuerza les arrancaban la cabellera con la piel de la cabeza. Así murieron algunos, y un gran número perdió los ojos. Pasaron por las calles á algunas mugeres con la cabeza desollada, precedidas de unregonero para causarlas ignominia e intimidar á la multitud. En la corte de Hunerico habia un crecido número de católicos, cuyos singulares talentos y sólidas virtudes los habian conservado hasta entonces en muchos empleos de confianza y distincion: y no solo fueron echados del palacio, sino que los llevaron á las llanuras de Utica, y se les redujo con fiereza, á pesar de la delicadeza de su constitucion fisica y de la diferencia de sus anteriores ocupaciones, á segar los trigos en los mayores ardores del sol. Empero todo esto no fué mas que un preludio de la persecucion de Hunerico: cruel monstruo que hizo morir á todos sus parientes para asegurar el reino á sus hijos, y creyó santificar sus inclinaciones sanguinarias ejerciéndolas en los enemigos de sus vicios y de sus errores. Muchos santos personajes tuvieron horribles visiones de lo que la Iglesia iba á sufrir, y efectivamente pronto se confirmó cuanto habian anunciado.

Recayeron en las personas consagradas á Dios las primeras violencias (1). El rey mandó reunir á las vírgenes católicas y que fuesen visitadas vergonzosamente por las matronas, y á fuerza de tormentos se las obligase á deponer contra los eclesiásticos. Colgáronlas en alto con enorme peso en los pies: aplicáronles planchas de hierro ardiendo al seno y á los costados; y en esta situacion se las queria obligar á que acusa-

(1) Viet. Vitens. lib. 2.

sen á los sacerdotes y á los obispos de ser sus seductores. Muchas perecieron en estos tormentos, y muchas mas quedaron estropeadas; pero ni una siquiera acusó al mas infimo clérigo.

El tirano, viendo que no podia deshonorar al clero con esta infame estratagema, se llenó de furor sin pretexto y sin ningun comedimiento. De una sola vez confinó al desierto á ministros eclesiásticos de todas las órdenes con otros fieles de su familia, ó de su compañía, en número de cuatro mil novecientas setenta y seis personas, entre las cuales habia muchos enfermos y viejos tan decrepitos que no pocos habian perdido la vista. Felix de Abirita, que contaba cuarenta y cuatro años de episcopado, padecia una parálisis que le impedía hasta el uso de la lengua. No sabiendo los fieles como conducirlo, hicieron rogar á Hunerico que le dejase en algun sitio retirado cerca de Cartago, donde no podia vivir mucho tiempo. «Si no puede sostenerse á caballo, contestó el bárbaro, que le aten á unos bueyes que le arrastrarán á donde yo disponga que vaya (1).» Fué, pues, preciso atarle atravesado sobre un mulo, y llevarle como una carga insensible.

Reuniéronse los confesores en la ciudad de Sica desde donde los moros debian llevarlos al desierto. Los encerraron en una cárcel que era tolerable, y donde iban á consolarlos los fieles de las cercanías; mas presto se les privó de este consuelo, porque se mostraban mas firmes que nunca. Manifestaban su constancia todos ellos sin exceptuar los niños, que resistieron á los esfuerzos de algunas madres ciegas por su ternura, que querian rebautizarlos para librarlos de la persecucion. Encerraron, pues, á los presos en un calabozo horrible y tan estrecho que yacian unos so-

(1) Viet. VII. lib. 2. num. 8.

bre otros, sin tener ni un espacio libre para satisfacer á las necesidades naturales: lo que produjo una infeccion contagiosa y una horrible multitud de reptiles que engendrados en esta corrupcion los devoraban vivos. El historiador Victor, que habla como testigo ocular, dice (1), que habiendo encontrado medio de introducirse en este calabozo, dando dinero á los moros en tanto que dormian los vándalos, se metia hasta las rodillas en la inmundicia y gusanos.

Por último les mandaron marchar escoltados por los moros. Salieron de esta cárcel, no solo con los vestidos horriblemente sucios, sino tambien con los cabellos, el rostro y todo el cuerpo en un estado que la delicadeza de los lectores nos obliga á callar. No obstante, entonaban cánticos de accion de gracias, y se tenian por felices en padecer estas infamias por la gloria del Hijo de Dios. Acudian los pueblos de todas partes para verlos, llevando cirios encendidos, pidiéndoles su bendicion para ellos y sus hijos, y se los presentaban, lamentándose con muchas lágrimas de que quedaban sin pastores y espuestos á ser presa de los lobos carnívoros; pero ó se rechazaba brutalmente á estos piadosos fieles, ó despues de haberles dejado ejercer su liberalidad con los confesores, se despojaba á estos de lo que les habian dado. Advirtiósese particularmente una muger que corria con precipitacion llevando un niño por la mano, y diciéndole: «Corre, querido mio, ¿no ves cómo todos estos santos se apresuran á ir á recibir su corona?» Reprendíale de imprudencia y de dureza los que la acompañaban. «Orad por mí, les dijo, y por este niño que es mi nieto: yo le traigo temiendo que el enemigo de nuestras almas le sorprenda solo y le haga sufrir una muerte infinitamente mas funesta.»

(1) Viet. VII. lib. 2. num. 10.

Mas sensibles se mostraban los confesores á los peligros de los fieles que á sus propios males, aunque su marcha se apresuraba inhumanamente; porque cuantos mas testimonios de veneracion recibian, menos descanso se les daba. Cuando los viejos y los niños no podian mas, los picaban con dardos ó los tiraban piedras para hacerles andar. Si el exceso de la fatiga abatia á algunos de cuando en cuando, se mandaba á los moros que les atasen cordeles á los pies, y los arrastrasen como bestias muertas; de modo que aquellos caminos ásperos y escabrosos se vieron en breve teñidos con su sangre (1). Caíanse á pedazos sus vestidos ó se enredaban en las piedras y en las zarzas. Todo su cuerpo era una llaga; este llevaba la cabeza hecha pedazos, aquel abierto un costado ó el vientre, casi todos tenian los miembros dislocados, y muchos consumaron entonces su martirio. Los que fueron suficientemente robustos para llegar al desierto, no encontraron allí otro mantenimiento que cebada, la que se les suministraba por medida como á bestias de carga, y aun pronto se les privó de ella, dejándoles perecer de hambre. Menos dañosos que los tiranos fueron los animales venenosos; y se notó que en un territorio que, por decirlo así, no era otra cosa que un receptáculo de los mas venenosos reptiles, ninguno de los siervos de Dios murió de sus mordeduras, á las cuales quedaban espuestos sin ninguna precaucion.

Despues que tantos, tan santos y tan sábios ministros de la Religion fueron alejados de esta suerte, Hunerico mandó proponer al obispo de Cartago una conferencia con los obispos arrianos. Eugenio contestó que interesándose todo el mundo cristiano en unas cuestiones en que se trataba de los primeros principios de la fé, iba á escribir

(1) Vict. Vit. lib. 2, núm. 1.

al Papa, Gefe y Cabeza de todas las iglesias, á fin de convocar los obispos de todos los paises; no era esto porque no quedaran aun en Africa los suficientes para hacer triunfar la verdad con sus luces; pero como estaban bajo del yugo de los vándalos, tenian muchas que temer que los estrangeros, así respecto de sí mismos como de sus ovejas. Hunerico, lejos de dar oidos á la representacion de Eugenio, procuró al contrario alejar aun á los africanos que pasaban por sábios. Al obispo Donaciano, despues de mandar darle de palos le confinó, y tambien á Presidio de Sufetula, y aun hizo atormentar á otros muchos de diferentes maneras. Un milagro célebre que obró entonces el santo obispo Eugenio solo sirvió para enfurecer mas al tirano. Un ciego hártido conocido, llamado Felix, recobró de repente la vista con el solo contacto de la mano del prelado delante de un concurso innumerable de fieles, reunidos para la solemnidad de la Epifanía. No habia duda de un hecho que tantos presenciaron, pero no por esto dejó el rey de llamar á Felix para oír de su boca la verdad y todas las circunstancias del acontecimiento. Comprobada de este modo la maravilla hasta la evidencia, nadie se atrevió á negarla; y confesando el milagro se tomó el partido de decir que Eugenio le habia obrado por maleficio, y se persistió en el proyecto de la conferencia (1).

Acudieron á Cartago para el dia prefijado, que era el 1.º de febrero de 484, los obispos del continente de Africa y de todas las islas sujetas á los vándalos. Hunerico hizo allí matar á cuantos pudo con diversos pretextos, mas con el único objeto de quitar á la buena causa sus mas celosos y mas ilustrados defensores. Esto no obstante, quedaban aun muchos para que los obispos arrianos osasen entrar en lid con ellos.

(1) Vict. Vit. num. 13 et seq.

Sin embargo, comenzó la conferencia; pero suscitaron mil efugios para romperla, y habiendo pedido los católicos que hubiese árbitros presentes, ó que á lo menos los mas sábios del pueblo fuesen testigos, se mandó dar cien palos á los legos *homousianos* que se atrevieran á hallarse en ella: así llamaban por desprecio á los ortodoxos. Sobre el nombre de católicos, que no dejaron de tomar en su confesion de fé, movieron grandes quejas los arrianos, y por mas modestia que aquellos manifestasen para satisfacer á ellas, se les acusó de tumulto y sedicion, y corrieron á decir al rey que los *homousianos* lo turbaban todo para evitar la conferencia. Al parecer este juego habia sido concertado entre el príncipe y sus obispos; porque al punto ordenó remitir á las provincias un decreto formado de antemano, en cuya virtud, y al propio tiempo que los obispos ortodoxos estaban en Cartago, se cerraron en un solo dia todas las iglesias, adjudicando á los arrianos todos los bienes de estas y de sus pastores, y aplicando á los católicos las penas impuestas contra la heregia por las leyes imperiales. Divulgóse igualmente, que no pudiendo los *homousianos* probar su doctrina con la Escritura, habian disuelto la conferencia, convirtiéndola en sedicion por medio del pueblo á quien habian sublevado. Para dar algun colorido honesto á esta calumnia, se les fijó con una apariencia de moderacion y humanidad cierto plazo para merecer el perdon, Mas sin dilacion alguna, apenas se envió el edicto para apoderarse de las iglesias y de todo lo que tenian en su pais, echó Hunerico de Cartago á los obispos que se hallaban juntos, despues de haberlos despojado aun de lo poco que habian llevado consigo, sin dejarles ni caballo, ni esclavo, ni aun vestido para mudarse. Al mismo tiempo se prohibió con pena de fuego alojarlos ó darles viveres. De este modo se les

vió en número de quinientos ó seiscientos, la mayor parte de edad avanzada, vagar errantes alrededor de los muros de la ciudad, sin asilo, sin abrigo, espuestos dia y noche á todas las molestias del aire, y careciendo de alimento, y en pocos dias perecieron ochenta y ocho. El rey, habiendo salido casualmente, se le presentaron los que podian moverse, pidiéndole que se aplacase; pero sin oír su humilde peticion, á la cual solo contestó con miradas terribles, mandó correr sobre ellos á algunos caballeros de su guardia, que estropearon á muchos bajo los pies de sus caballos. Por último, todos fueron desterrados á la isla de Córcega y condenados á cortar madera para la construccion de navios (1).

Enviaron al desierto de Trípoli al obispo de Cartago San Eugenio, y le entregaron á un arriano furioso llamado Antonio, que cada dia discurría nuevos modos de atormentarle. Considerándose el Santo como una víctima sacrificada por su iglesia, añadía á estos tormentos ásperas maceraciones voluntarias. Durmiendo en el suelo, y cubierto solo de un saco, contrajo una parálisis que le embargó hasta la lengua. Hízole beber por fuerza su perseguidor un viage violento con el cual se creyó que el santo anciano perderia la vida; mas sanó, fué librado del destierro por el rey Gontamundo, y vivió hasta el año 503 en tiempo de Trasamundo que le confinó á Albi en las Galias, donde murió; y su memoria es allí mas venerada que en lo demas de la Iglesia.

Despues del obispo fué echado con una barbaridad á proporcion todo el clero de Cartago compuesto aún de mas de quinientas personas; lo que nos dá una idea del lustre de esta iglesia primada del Africa en sus dichosos dias. El diácono Muritta, que era un respetable anciano, se distinguió

(1) Vict. Vit. lib. 4, núm. 3.